
PANEGÍRICO
DE LOS DESPOSORIOS DE SAN JOSÉ
CON LA SANTÍSIMA VÍRGEN.

Vir fidelis multum laudabitur.
El hombre fiel será muy alabado.
(Prov. xxviii. 20.)

Dicha grande es para el orador cristiano tener que hablar á sus oyentes del patriarca san José. Hay tanto atractivo en él, que muy léjos de encontrarse embarazado para hallar materia de que edificar á su auditorio, se le ocurre tanto que decir, que solo tiene el dulce trabajo de escoger entre tantas y tan misteriosas, y tan bellas y tan fragantes flores como nos ofrece ese místico vergel.

Los oradores sagrados, hallándose muy á sus anchuras en el vasto espacio que les presenta la vida del santo Patriarca, han podido recorrer el campo en variadas y numerosas direcciones, sin que las hayan recorrido todas. El tema que he escogido hoy para edificar más y más vuestra piedad, es la santa y virginal union de José con María, lo que de otro modo llama la Iglesia, y nosotros con ella: *Los desposorios de nuestra Señora con S. José.*

Hablaré para los que se hallan en el sagrado estado de la virginidad, pues que verán el mayor prodigio de ella en el fidelísimo y castísimo José. Hablaré para los continentales, pues que José fué un milagro de continencia. Hablaré para los casados, porque José fué el más perfecto y acabado modelo de casados. El asunto es árduo; la materia, aunque no difícil, es delicada; el objeto es santísimo, y su utilidad puede ser mucha. Puede ser mayor de la que pensais, si de vuestra parte estais animados de santos deseos, y si de la mía trato de hablaros con sencillez paternal, como cumple el hablar á almas devotas del santo Patriarca, y á la santa sencillez que se nota con admiracion suprema en toda la vida del santo esposo de María.

No es mi ánimo en este breve rato el presentaros este sagrado acto por lo que toca á María, sino solamente por lo que dice relacion á José. Mi ánimo es hacer ver en José un varon eminentemente fiel, el varon fiel por excelencia. José, fiel á la gracia, primera reflexion. José, fiel á su divina esposa, segunda reflexion. José, fiel al divino misterio, tercera reflexion. Hé ahí el objeto y division de este discurso. ¿En qué ocasion más propicia nos alcanzará gracias del Cielo la excelsa Virgen Madre, que cuando se trata de encomiar las virtudes del que fué su fidelísimo compañero y guardian en esta tierra de su peregrinacion? Digámosla, pues, con toda confianza: A. M.

Todo cuanto se correlaciona en la obra de la redencion es grande, es importante; loca, más ó ménos, de cerca á los eternos destinos del humano linaje. ¿Qué cosa, en apariencia más sencilla, que un jóven artesano, honrado, pero sin nombradía, que gana el pan que come trabajando en un humilde taller de carpintería de la pequeña villa de Nazareth? Contemplad á este virtuoso y humilde jóven. Su linaje es de David: él es descendiente de reyes y heredero legitimo de reyes. Las públicas calamidades de su nacion, las transmigraciones en masa de su pueblo á los campos de Ninive y Babilonia, las guerras posteriores, que hubieran hecho desaparecer del número de las naciones á todo otro pueblo, que no fuera el destinado para recibir en su seno al Mesias; todas estas desgracias y las vicisitudes que se les han seguido; han hecho que su familia se vea desposeída de un título, que el Señor mismo le habia asegurado. Á pesar de esto, José, humilde, se considera como el último de los artesanos de una pequeña villa de Galilea. Trabaja, suda, se afana; cumple exactamente los deberes que la ley impone á todo verdadero israelita. Asiste al Templo, á la Sinagoga; lee y medita las santas Escrituras; espera con viva fé al Mesias prometido, cuyos tiempos estaban ya muy próximos. Su corazon es purísimo; su alma santísima; su cuerpo castísimo. Sus afectos no son sino los afectos de un corazon desprendido de todo lo terreno, y enteramente consagrado á Dios. Los sentimientos de su alma son los sentimientos más elevados, más celestiales, más divinos. En su cuerpo nada hay de desordenado; no le inquietan las pasiones; no le molestan los vanos deseos, ni turban la bella armonía de su naturaleza privilegiada los desarreglos de la fantasia. Todo, en fin, en José está perfectamente acorde. Dios, que tenia preparado á José para la altísima dignidad de esposo de María y padre putativo de su divino Hijo, le inspiró, desde sus más tiernos años, el amor á la santa virtud de la castidad virginal; y segun muy piadosa creencia, nuestro glorioso

Patriarca hizo voto de virginidad ó continencia absoluta por inspiracion divina. Y este grande acto fué el que atrajo sobre José el colmo de toda bendicion, el de ser destinado á ser esposo de la que, sin dejar de ser virgen, habia de ser madre de Dios. La eleccion de José para esposo de Maria fué tan extraordinaria y tan evidentemente inspirada del Cielo, que justo es os la refera.

Cuando llegó el dia señalado en que Maria cumplió los catorce años de su edad, se juntaron los varones y descendientes de la tribu de Judá y linaje de David, de quien descendia la soberana Señora, los cuales estaban á la sazón en Jerusalén. Entre los demás fué llamado José, natural de Nazareth, porque era uno de los del linaje de David. Era entónces nuestro santo Patriarca de edad de treinta y tres años, de persona bien dispuesta y agradable rostro, pero de incomparable gravedad y modestia. Era deudo ó pariente en tercer grado de la santísima Virgen, de vida purísima, santa é irreprehensible á los ojos de Dios. La santísima doncella Maria moraba en el Templo desde la edad de tres años. Los varones parientes de Maria, y José entre ellos, se congregaron todos en el Templo; hicieron oracion al Señor junto con los sacerdotes, para que todos fuesen gobernados por su divino Espiritu, en lo que debian de hacer respecto de los desposorios de la doncella Maria, que á la sazón se hallaba huérfana. El Altísimo Dios habló al corazon del Sumo Sacerdote, inspirándole, que á cada uno de los jóvenes no casados allí congregados, se pudiese una vara seca en las manos, y que todos pidiesen con viva fé á su divina Majestad, declarase por aquel medio á quien habia elegido para esposo de Maria.

Maria no era una doncella del rango ordinario; velanse en ella señales que la habian hecho admirar á todos los sacerdotes del Templo, que estaban edificadissimos de sus virtudes. La fama y renombre de su virtud se habia extendido por toda la Judea, y, en especial, los de la tribu de Judá, linaje de David, consideraban y miraban como el mayor-honor de su tribu el tener por su parienta la niña, que era el embeleso y admiracion de todos. Sin atinar en que fuese la destinada á ser madre de Dios, presentian en la tierna doncellita un no sé qué de divino, que se dejaba traslucir en su vida angélica. Todos, pues, y en especial los mancebos, deseaban tenerla por suya, no por una vana hermosura de cuerpo, sino por las calidades tan sobrenaturales que brillaban en ella. Esto explica y dá razon porque, cuando se trataba de colocar á Maria en el matrimonio, segun lo disponia la ley, se tomaron tantas y tan extraordinarias precauciones; porque todos los parientes del linaje de David acudieron al Templo; porque el mismo Sumo Sacerdote, la mayor dignidad de entónces, presidió

en persona á la ceremonia preparatoria de los desposorios; y porque, en fin, quiso que un milagro indicase, de una manera irrefragable, el escogido del Cielo para esposo de Maria. Como esta doncella era un milagro de virtud y de prendas, le era conveniente un esposo de milagro, una eleccion de prodigio. En medio de esta preocupacion universal, uno solo parecia reconocerse como indigno de aspirar al objeto que cautivaba el amor y veneracion de todos. El jóven José recordaba, que tenia hecho voto de castidad, y, de consiguiente, habia renunciado al estado ordinario del matrimonio; su humildad, por otra parte, le hacia reputarse indignissimo de ser ni aun criado de doncella tan privilegiada, mucho ménos esposo de criatura tan dichosa. Sin embargo, fuerza le es resignarse á lo que la voluntad del Señor le manda por boca del Sumo Sacerdote. Renueva entónces mismo sus votos, pónese con todos en oracion, y al momento se vió florecer la vara de José, quedando secas las de los demás aspirantes. Con la señal del Cielo los sacerdotes declararon á José como el escogido para esposo de Maria; y José, dócil á la voz de Dios, aceptó el divino mandato, y se preparó para celebrar los desposorios. Llamaron los sacerdotes á Maria, que estaba en su retiro, para la ceremonia de aquéllos; salió la Virgen, escogida como el sol, más hermosa que la luna, y pareció en presencia de todos con un semblante más que de ángel, de incomparable hermosura, honestidad, y gracia. Los sacerdotes la desposaron con el más casto y santo de los varones, José. Al punto que el venturoso Patriarca se consideró como divinamente encargado de tan precioso tesoro, sintió que su alma adquiria un aumento extraordinario de gracia, y que se hallaba celestialmente auxiliado para cumplir con la alta mision á que Dios mismo le elevaba con señales tan extraordinarias.

Admirables son en verdad las disposiciones del Altísimo, en todo lo que concierne á la grande obra de la redencion. Todo cuanto tiene ó debe tener inmediata relacion con el Verbo encarnado, lleva el sello de lo extraordinario, de lo sublime, de lo sencillo, de lo purísimo, de lo santísimo. Sabidas tenéis, católicos, las eminentes cualidades que tanto distinguieron y ensalzaron á la bienaventurada Virgen Madre del Dios-hombre. Las que adormaron á su esposo S. José ueron tambien en alto grado maravillosas. Él estaba consagrado á Dios por medio del voto de absoluta continencia. Sin embargo, Dios hace florecer su vara. Era pues evidente, que por estas señales de su voluntad, el Altísimo disponia, que hubiese un matrimonio verdadero, pero santísimo, pero castísimo; aún más: un matrimonio, e que ambos consortes fuesen vírgenes y quedasen vírgenes. José s^o

desposaba con María para ser la guarda de su honor y el testimonio de su virtud excelentísima. Dios había predicho, que el Mesías naciera de una virgen, quedando ella virgen, y que sería todo por operación del Espíritu Santo. Pero, como las cosas de Dios no han de ser conculcadas por los corazones incircuncisos, ni profanadas por la malicia de los instrumentos de Satanás, estas divinas y soberanas comunicaciones debían pasarse tan á escondidas de los hombres, y tan reservadas entre Dios y la feliz criatura, destinada á ser templo sacratísimo y teatro augusto de los más sublimes sacramentos, que ni aún José habría de saber aquello de que él no fuese parte activa ó instrumento de la divinidad; mucho ménos las personas de fuera de la familia. Los secretos celestiales que se debían obrar en el seno de esta familia, debían ser guardados tan escrupulosamente como la sagrada virginidad. Con los desposorios, pues, José era á un tiempo padre de familias ante la ley, depositario fiel de los celestiales secretos, salvaguardia del honor de María, y el mayordomo de esta divina familia de Nazareth. Con esto teneis explicado, en parte, el misterio de los desposorios de nuestra Señora con S. José, y conocida la delicada y árdua misión de nuestro Patriarca. Ahora bien, católicos; ¿qué grandeza de alma no era menester para corresponder fielmente á tan alta misión?

Celebrados los desposorios, la santísima Virgen María se despidió del Templo no sin grave dolor de dejarlo contra su inclinación y deseo; pero así María como José acatan y veneran ánte todo las disposiciones del Altísimo. Caminaron ambos santísimos esposos á Nazareth, su patria, en donde se establecieron, porque así convenía al cumplimiento de las profecías. José considera su esposa como un apoyo que Dios le dá para sostenerle en la virtud, y la mira como una maestra celestial, con que el Señor le ha favorecido para instruirle en los caminos de su divina ley. ¡Ejemplo admirable de humildad, modelo de perfectos esposos! María, la criatura más noble, y la que más elevada está entre todas las demás, se reconoce como sometida al esposo, que segun la ley ha recibido. Manifiéstale secretos divinos, y hace el acto más meritorio de confianza en Dios, fiando su destino en el consorte que su paternal providencia le ha deparado. ¡Ah, católicos! ¡qué no me fuera dado el hablar de los Ángeles, el entender de los querubines y el amar de los serafines! con cuál espiritual delicia me pondría á contemplar la admirable union de voluntades entre José y María! ¡Quién fuera testigo de los altos misterios que acaecieron en la humilde casa de Nazareth! Dios reinaba en aquellos dos purísimos corazones; aquellos dos purísimos

corazones se amaban en Dios. La naturaleza vencida y sometida á unas voluntades que estaban fortificadas con la gracia, cedia á ésta su puesto, y en aquellos dos extraordinarios consortes la voluntad de Dios solo vivía, obraba, guiaba.

Los sagrados desposorios que habían contraído José y María, muy lejos de entibiar su fervor, de vacilar en sus sanos propósitos, no hacían sino aumentar aquél, fortalecer éstos. Fueron unos desposorios los más perfectos que se hayan celebrado jamás en el mundo. El matrimonio de José y María fué un verdadero matrimonio, tanto más verdadero, cuanto más santo, más puro, más conforme al primer original modelo del Paraíso entre nuestros primeros padres, ántes del pecado original é inmediatamente despues de su creación purísima. Así como en el principio de la creación del género humano, se celebró aquel primero y augustísimo matrimonio entre Adán y Eva en el Paraíso, así, como debida preparación de la era de la Redención, se celebró otro matrimonio no ménos noble y augusto entre José y María; tanto más noble y augusto, cuanto que, de una parte, jamás fué deslustrado ni empañado con el menor vapor impuro, y de otra parte, la santísima Virgen María excedía en dignidad á Adán y Eva, y el santo Patriarca les aventajaba en fidelidad y virtud. Grande es, católicos, y sublime la dignidad á que José fué elevado en premio de sus virtudes, y muy grandes y abundantes fueron éstas cuando tan alta recompensa merecieron recibir. Le había predestinado el Señor para ser esposo de la que había de permanecer siempre virgen y ser madre de Dios, y le inspiró ese amor tan profundo y tan fuerte hácia la virtud de la virginidad. Le había predestinado el Señor para ser el padre putativo de Jesucristo, Dios-hombre, y le dotó de esa profunda humildad, de esa admirable prudencia y de ese exterior sencillo, modesto y grave sin dejar de ser afable. Le había predestinado Dios para ser el mayordomo de la sagrada Familia, y Dios le crió, aunque pobre, caritativo y desinteresado, pero muy ordenado en la pequeña administración de su oficio. Era nuestro Patriarca muy conocido por su habilidad y buen orden en todo, para que por sí mismo pudiera tomar á su cargo todo lo que concerniese á la mantencion de la Familia santa. Quiso que José y solo José, reuniese todas las cualidades necesarias para el desempeño de su alta misión, para que solo él entendiera en esos grandes secretos que debían obrarse en el seno de esta divina Familia, de los cuales pendía la redención de todo el género humano. Permitidme el que para vuestra edificación me detenga á exponeros el misterio de este día en cuanto tenga relacion con nuestro intento.

Los santos desposorios fueron, pues, los que pusieron de manifiesto á José, y lo han hecho var como el más dichoso de los mortales y el más virtuoso de los esposos. Pero se os podrá ocurrir una dificultad: los desposorios de S. José con Maria parecen una ceremonia inútil, puesto que la santísima Virgen Maria, debiendo permanecer virgen, pudo permanecer en el Templo, en donde hubiera podido realizarse muy bien el misterio de la Encarnacion. La respuesta á esta dificultad es muy óbvia, y me prometo contribuirá no poco á vuestra edificación. La sabiduría del Señor lo dispone todo suave y convenientemente: todo lo que tiene relacion con la obra de la Redencion, lo ha ordenado de manera, que queden respetados los derechos que ella se ha dignado otorgar al hombre y á la sociedad. De ahí viene ese miramiento tan afable, esa condescendencia tan amorosa de Dios, que le hace someterse, por decirlo así, á las exigencias de nuestra debilidad. Dios se nos muestra Padre ántes que Señor: la voz padre, la cualidad de padre, llevan consigo la idea y la realidad de amor, de solicitud, de atencion, de ternura. Habiendo determinado el Señor poner en obra sus designios de humana redencion, se ha acomodado en todo tiempo, lugar y circunstancia á nuestra capacidad de criaturas limitadas y llenas de imperfecciones. Decretado estaba, que el Mesias sería concebido por obra del Espíritu Santo en el seno de una virgen, y que nacería de un seno virginal. Sin embargo, como la malicia humana habla crecido tanto, necesario era tener oculto un sacramento que hubiera sido profanado; y así dispuso la divina Providencia, que la soberana doncella Maria apareciese en lo exterior como una doncella ordinaria, sin que nada de extraordinario se viese en ella. Porque una vez conocida la eminente dignidad de Maria, el demonio conocia que el que nacería de ella sería el Mesias prometido. Estaba predicho, además, que para satisfacer á la divina justicia del Padre, era menester que el Hijo, hecho hombre, padeciese, pues que solo los padecimientos de un hombre-Dios podían reparar las ofensas hechas á Dios; y para que padeciese, convenia que su divinidad quedase oculta bajo el velo de la humanidad. Uno de los grandes y tal vez de los mayores milagros obrados por el Dios-hombre es, el de tener constantemente ocultados los rayos y el fulgor de su divinidad, excepto en los cortos instantes del monte Tábor.

Para que todo fuese, pues, ordenado convenientemente á los errores é inexecrables decretos, el Verbo divino, al hacerse hombre para redimir á los hombres, debía aparecer legalmente nacido como los demás hombres, esto es, de una mujer desposada. Los desposo-

rios de la santísima Virgen con S. José tuvieron por fin especial y directo, el celar á los ojos del mundo y del demonio un parto virginal, un nacimiento divino. Jesús aparecía á la vista del pueblo como los demás hijos del pueblo nacidos de matrimonio. El gran secreto queda reservado, inviolablemente, entre los dos más augustos personajes que el mundo conoció, Maria y José. José y Maria adoraban al divino Infante como Dios que era; y Dios les tenia entredicho de no quebrantar por sí mismos el secreto real, el secreto divino, el secreto de cuya guarda fiel pendia la salvacion del linage humano; ¡Cuánta virtud, cuánta humildad, cuánto desprendimiento del mundo y de sí mismo no eran necesarios á José, para tener constantemente guardado este secreto en el corazon! Veía cada dia, cada hora, siempre á su divina esposa Maria; conocia su altísima dignidad sobre todas las criaturas; sabia que era un templo mucho más augusto que el de Salomon, pues que ella lo era vivo y purísimo y de fábrica celestial, para contener viva, real y verdaderamente al Verbo encarnado, para nutrirle con su pecho, y reclinarle en su seno cuando niño, para cuidarlo cuando jóven, para seguirlo cuando se dignó aparecer maestro. Admiraba sin embargo José la profundísima humildad de esta Reina de los Cielos y tierra, que con la mayor exactitud hacia todos los afanes caseros como una mujer cualquiera; que se estaba continuamente humillando empleándose en quehaceres domésticos, sencillos, humildes, en la cocina, en la casa, en el taller, en la ropa, en la costura; y esto no una hora, no por pasatiempo, sino haciendo de estas ocupaciones un deber sagrado, y una necesidad que la pobreza de la familia hacia real, urgente, continua. Todo esto veía José, y á pesar de su profundo respeto por la Madre de su Dios, reina, señora y maestra suya, se veía obligado á dejar hacer todo lo que la purísima Virgen juzgaba necesario y útil: José admiraba en silencio, guardando en su corazon el secreto. Veía el ilustre Patriarca cada dia, á todas horas, siempre, al divino niño Jesús. Sabia que era su Dios; que en aquella humanidad de infante se encerraba todo un Dios humanado. Veía al divino Niño que padecía hambre y cansancio en la huida á Egipto; que el eterno Padre permitia que José careciese de lo necesario para que se lo procurase á la santa Familia con su trabajo; veía, observaba que el divino Niño en nada queria distinguirse aparentemente de los demás niños; que cuando más creciesele tierno Infante, le queria ayudar en su sencillez y humilde taller, segun su capacidad infantil; que más entrado en edad, este hermosísimo espejo en donde se retrataba toda la santísima Trinidad, este jóven que á todos cautivaba con sus gracias, queria ayudar á su pu-

tativo padre José según sus fuerzas. Todo esto veía nuestro gloriosísimo Patriarca de continuo; y sin embargo, ¡le era necesario dejarse servir y cuidar por todo un Dios! ¡Qué prueba tan terrible para que la humildad de José condescendiese á tanta humillacion de parte de un Dios, á tanta dignacion para con él, el más humilde de los hombres! Le era sin embargo forzoso á José, admirar todo esto en silencio, guardando en su corazón el secreto. José, pues, en virtud de sus desposorios santos, fué la salvaguardia legal del honor de Maria, el guardador de los secretos celestiales, el sostén de la santa Familia, el varon fiel por excelencia.

Amados míos en el Señor; los que entre vosotros os hallais ligados con el santo voto de continencia absoluta, ó que la observais por razon de estado, en el glorioso patriarca José tenéis, á la vez, un modelo, un protector, un aliento que dá fuerzas. El santo Patriarca os alcanzará de la bondad divina socorros poderosos que os harán triunfar. Vosotros, los que os hallais en el santo estado del matrimonio, en José tenéis el modelo de la más perfecta castidad conyugal. Sus desposorios con la Reina de los ángeles os demuestran la santa alianza de la castidad con el matrimonio. Sin duda alguna el venerable sacramento del matrimonio os otorga mutuos derechos; sin embargo, Dios bendice los matrimonios castos. Reconozcamos todos en el gran patriarca José el varon más humilde, el varon más casto, el varon más fiel. Regocijémonos en el Señor de habernos dado un patriarca tan benigno, un protector tan poderoso, un modelo tan acabado. Aprendamos por el misterio de hoy á reverenciar el santo sacramento del matrimonio, y veneremos los desigios del Altísimo al presentárnoslo para nuestra edificacion y aumento de gracias. La Iglesia nuestra madre, al proponernos la festividad de los Desposorios sagrados de nuestra Señora con el santísimo patriarca José, ha querido enseñarnos, que la union en Dios de las almas y corazones de ambos esposos, son el primario y principal objeto del santo matrimonio.

Y vos, benigno y humilde Patriarca, que fuisteis tésigo tan privilegiado de los más grandes sucesos que para bien del género humano conocieron los siglos; vos, santísimo José, que tan fiel guardador fuisteis de los celestiales secretos; vos, castísimo y purísimo esposo, cuyo virginal corazón se dió á Dios, irrevocablemente, desde la tierna edad, alcanzadnos del trono del Altísimo esa humildad, que tan grato os hizo á los ojos de Dios y amable á los hombres. Alcanzadnos tambien el dón del silencio prudente con que, evitando divagaciones peligrosas, moderemos nuestra lengua para que no publi-

que lo que descubierto dañe al corazón. Alcanzadnos, sobre todo, esa fortaleza incontrastable con que os hicisteis tan superior á las inclinaciones de la naturaleza.

Hacednos humildes, reservados, prudentes y castos, para que habiéndoos imitado en esta vida, merezcamos gozar de vuestra compañía en la Gloria.

PANEGÍRICO
DEL TRÁNSITO DEL PATRIARCA SAN JOSÉ.

*Ego congregor ad populum meum.
Voy á reunirme con mi pueblo.
(GEN. XLIX, 33.)*

¡Con cuánto gozo os contemplo, católicos, reunidos hoy en este augusto santuario, como si vinierais á rodear el glorioso lecho de nuestro Patriarca al tiempo que iba á dejar esta mortal vida! Lléname de un entusiasmo sublime á la vez y tierno al contemplar al patriarca Jacob en su lecho de muerte, rodeado de sus queridos hijos, entre los cuales se hallaba el que llevaba el nombre, y anunciaba la misión del que es hoy el objeto de nuestros filiales cultos. Nada triste, nada sombrío, ningún fatídico pensamiento podía presentarse en aquellos solemnes momentos, en que el venerable anciano, el escogido de Dios para realizar en él y en su descendencia las promesas de la universal redención, se despedía de sus hijos con celestial calma, con magnanimidad de corazón, con tal dignidad y grandeza, que daba á conocer bien que el trance del morir nada de amargo podía tener para él; pues que solo era el momento de la suprema cita á que el Dios remunerador, que con tantas y tan íntimas comunicaciones le había favorecido, le llamaba para que descansara de sus fatigas en paz, y gozara á la sombra del trono de las misericordias de los inmortales laureles, que había cogido en los encuentros de su larga y penosa vida. En la muerte de este ilustre Patriarca todo es noble, todo grandioso, todo en extremo sentimental. Magnífico espectáculo el de un jefe de la más ilustre prosapia del mundo, que convoca á sus doce hijos, y con una gravedad imposible de describir, les comunicó aquella célebre profecía, que es el más magnífico testamento hecho por hombre mortal. Al acabarla de pronunciar, bendijo con majestuosa sencillez á sus hijos y en ellos á sus descendientes: *Ego con-*

gregor ad populum meum, dijo el augusto Patriarca; voy á allegarme á mi pueblo; voy á reunirme con mi pueblo; y en seguida, juntando sus piés, y recogiendo sus manos, entregó su alma al misericordioso Señor, que tan familiarmente se había comunicado con él. ¡Muerte bendita, muerte santa, muerte pacífica!

Amados míos en el Señor; al hacerlos la descripción de los últimos instantes de la vida de Jacob, ¿no habeis notado la analogía más natural y misteriosa entre aquella grande alma, que, como llama purísima se apagaba por sí misma, y la de nuestro glorioso patriarca san José, en su glorioso tránsito? Patriarca aquél y cabeza del pueblo, á quien dió su nombre; patriarca éste y abogado del pueblo á quien dió nombre el que se dignó querer ser reputado hijo suyo en este mundo. Padre aquél de la numerosa y noble familia de los israelitas; padre éste de una familia todavía más numerosa, todavía más noble. Rodeado aquél en su lecho de muerte de todos sus hijos, de aquellos excelsos varones, de quienes descendió una generacion innumerable como las estrellas del cielo, como las arenas del mar; rodeado éste del Mesías, centro y razón de existencia de toda esta ilustre generacion, y de la más excelsa de todas las criaturas, su esposa Maria. Profetizando aquél á todos sus hijos, y comunicándoles su para siempre memorable testamento; teniendo éste á sus ojos el objeto de aquellas profecias, y la llave de todos los arcanos escondidos en aquel testamento. Bendiciendo aquél á sus hijos; atrayendo éste para los suyos una bendicion mucho más excelente, mucho más bienhechora.

Séanos permitido á nosotros, católicos, el encomiar el glorioso tránsito del más ilustre y favorecido patriarca, presentándolo á vuestra piadosa atencion con la muerte más feliz y deliciosa. La muerte más feliz y deliciosa comparándola con la de los demás santos; primera reflexion. El tránsito más feliz y delicioso considerado en lo que le precedió, acompañó y siguió; segunda reflexion. Os presentaré y analizaré ambas reflexiones, meditando con vosotros sobre ellas con toda la efusion de mi corazón: *A. M.*

¡Muerte! palabra aterradora, pensamiento funesto, voz salida del fondo del abismo. El hombre no nació para morir, sino que fué criado para vivir. Creacion, vida: hé aqui dos términos que se correlacionan reciprocamente: aquella supone ésta, y crear para morir es contradictorio. En el plan primitivo de la creacion, el hombre estaba destinado á vivir: la muerte le fué mostrada como pena, como sancion á la virtud, pues que se la reputó castigo del crimen. ¿Quién,

pues, ó qué fatalidad ha introducido la muerte en el mundo? ¿Qué genio malévoló ha interpuesto este fatal obstáculo entre el nacimiento y la eternidad de la vida?... ¿Quién?... ¡el pecado! Sí, el pecado: la defecación de la criatura, su crimen. La criatura es, pues, quien ha criado, por decirlo así, la muerte. El Autor de la vida, el que es la vida por esencia, el que es la eternidad misma, no ha podido ser autor de la muerte. Muerte, mal: hé aquí dos términos que se correlacionan; sin el mal no fuera conocida la muerte, y la muerte ha sido una sancion divina del castigo del mal. Y el mal, no viniendo sinó de la criatura, y la muerte no viniendo sinó del mal, criatura, mal, muerte, se correlacionan entre sí tan fatalmente, como Dios, creación, vida se correlacionan tan felizmente. La mision providencial de la muerte es, pues, el castigo del mal obrado por la criatura... Pero ¿qué espíritu me conduce, católicos, á hablaros de muerte y de mal en una solemnidad de nuestro Patriarca S. José, en que más que muerte lo que nos recuerda es triunfo, que fué más que triunfo, pues fué glorioso tránsito? Y en efecto, el tránsito de José nada tiene de semejante con la pena comun de la muerte. La muerte se considera como una pena: el tránsito de José fué un premio; aquélla vá acompañada de tristeza; éste de alegría; aquélla nos hiere con alguna pérdida; éste nos acarrea una superior ganancia. Pero todavía más: analicemos las circunstancias que ñ ocasionan ó acompañan, ó se siguen, á la muerte, y veremos, que el tránsito de nuestro ilustre Patriarca, si es muerte, es la más gloriosa de las muertes; si es triunfo, es el más completo de los triunfos. Entre los diversos géneros de muerte vemos, que unas veces, y es lo más comun, es la pena debida al pecado original; otras veces vemos, que es castigo de un crimen personal; otras veces es víctima de holocausto; otras veces, en fin, es víctima de amor divino. No es nuestro ánimo, ni al caso viene, que mencionemos los dos primeros géneros de muerte: solo examinaremos los dos últimos. Muerte ofrecida como víctima de holocausto. Desde el justo Abel hasta los santos Macabeos, hasta los niños inocentes, todos los que por la defensa de Dios y de la santa ley vertieron magnánimamente su sangre, fueron otras tantas víctimas santas, puras, propiciatorias. De estas muertes se habia dicho: «Entregaron sus cuerpos á los tormentos para ser herederos en la casa del Señor.» La muerte en esos santos fué como el título legal de heredero del Cielo, sellado con sangre, y confirmado por la posesion de la herencia divina. Para esos héroes, la muerte es un pasaje, desde la orilla de esta vida á la opuesta de la eternidad, al través de un rio de sangre. Muertes apetecidas y logradas como término feliz del divino

amor.—Elias y Enoch, arrebatados en su propio cuerpo desde el mundo al Cielo; los patriarcas Abraham, Isaac y Jacob, muertos abrazados en llamas de amor por el Dios que los guió, y que los guardó como á la niña de sus ojos; Moisés, David y los profetas, muriendo entre las dulces ansias de poseer al Mesías prometido; en todos estos bienaventurados patriarcas la muerte fué un deseo confirmado con una esperanza; y una esperanza fortalecida por la fé en el Dios fiel, cuyas promesas no deberían fallar jamás. Hé ahí, católicos, los dos géneros de muerte que Dios habia reservado á sus escogidos en el antiguo Testamento. El tránsito de José todavía fué más meritorio que el martirio de los primeros, y más dichoso que la muerte de los segundos. Pasemos á los fastos cristianos.

En el nuevo Testamento, y despues de la muerte de nuestro Redentor, encontramos tambien tres géneros de muerte: el sacrificio, la recompensa de la justicia, el premio del amor. El martirio es casi exclusivamente el género de muerte reservado á los cristianos de los tres primeros siglos, y casi á todos los que viven bajo la dominacion de los perseguidores de nuestra santa religion. Millares y millares de santas y puras víctimas, han sido inmoladas en las aras del humano poder á honor y gloria de Dios. En estos gloriosos mártires la muerte fué llave con que abrieron la puerta del Cielo, pues que el martirio les habia servido de escala para subir á él. En los justos de la nueva ley, ¿qué humano entendimiento podrá profundizar ni aún comprender las inefabes delicias de su muerte? Asómbrase el nuestro al considerar esas almas, que se salen de sus cuerpos, no hostigadas por los dolores y penas, sino á impulsos del divino amor. Para esas almas privilegiadas la partida de este mundo es, como la salida de una cárcel demasiado estrecha y grosera para un espíritu á quien parece pequeño el espacio. ¿Es, acaso, pena la felicidad, y castigo la dicha? ¿Quién pensó atormentar con gozos, y castigar con laureles? Nó, nó; la muerte del justo es alegría para el Cielo y parabien en la tierra. La muerte del justo es la libertad del alma, y el sello del sacrificio. ¿Veis esa hermosa avejilla encerrada en una jaula, que viendo un día la puerta abierta se vuela por los aires? No de otra suerte la casta paloma de Jesús, apénas ve abierta la puerta de su cuerpo por haber desechado la muerte los cerrojos, sálese, y levanta su vuelo hasta irse á anidar en el pecho de su divino esposo Jesús en el Cielo. ¿Quién es capaz de admirar debidamente la muerte de una Maria Magdalena, víctima del más encendido amor penitente? ¿de una Teresa de Jesús, víctima del amor más inocente? ¿de un Felipe de Neri, de un Luis Gonzaga, cuya sola enfermedad fué el morir se de

divino amor? Y estas muertes ¿se tendrán como pena? ¿podrán llamarse castigo? La muerte del justo es ganancia para el alma y garantía para el cuerpo. La muerte del justo es muy aceptada al Señor, pues que Él mismo la santifica. De estas dos muertes la primera es muerte de sacrificio, la segunda es muerte de amor. Ambas están simbolizadas en la muerte de Jesús, que fué muerte de sacrificio por amor. En nuestro ilustre Patriarca la muerte tuvo el mérito del sacrificio, siendo al mismo tiempo víctima del amor divino. Para que no le faltase el mérito del sacrificio, Dios dispuso, que padeciese crueles dolores y una larga enfermedad, según el decir de una grave autoridad. «Queriendo nuestro divino Maestro llevar por el camino real de las tribulaciones, dice, al esposo de su Madre santísima José, á quien amaba sobre todos los hijos de los hombres; y descansando acrecentar en Él los merecimientos y corona, ántes que se le acabase el término de merecerla, le dió en los últimos años de su vida varias enfermedades y dolores vehementes, que le afligieron y extenuaron mucho.»

¡Ah católicos! ¡y cuán engañados vivimos, y cuán común es la inadvertencia de todos los que fuimos llamados á la luz y profesión de la fé, y que nos gloriamos de entrar en los secretos de la enseñanza de nuestro Señor Jesucristo, cuando lo buscamos y lo amamos solo como Redentor de las culpas, y no como Maestro de los trabajos! Á nuestro modo de ver y juzgar, ni María ni José debieron padecerlos; pero las miras de Dios son diferentes de las de los hombres. Cristo quiso que su Madre padeciese; y todos sabeis, que el título de Madre dolorosa es el que más le cuadra y conviene. En el bienaventurado José igual providencia se observa. El santísimo Patriarca padeció y sufrió mucho, aunque el Evangelio nada nos haya dejado escrito de sus padecimientos. Dios quería que mereciese con el continuo sacrificio de sí mismo; y para su mayor mérito y corona. le envió agudos dolores y enfermedades afflictivas, para que le sirviesen como de espadas de inmolacion sobre el altar de su cuerpo. Tales son las miras de Dios, que quiso y dispuso que su Hijo padeciese, y que no se obrase la redencion sin efusion de sangre. Deseamos gozar del fruto de la redencion humana, y que se nos abran las puertas de la gracia, y por ésta las de la Gloria; pero atendamos tambien á seguir á Cristo en el camino de la cruz. No solo los trabajos y los dolores preparaban á José á la muerte de sacrificio; su amor al Señor era tan intenso y fuerte, que su vehemencia lo preparó tambien á una muerte de amor. Ni cómo era posible, que un corazón tan puro é inocente como el de José, que continuamente tenía

delante sí al objeto de sus más celestiales amores, al divino Jesús, no se sintiese más y más herido del divino amor? Ni cómo era posible, que este amor, cual sabroso fuego, cual delectoso incendio, no se fuese acrecentando más y más á vista del pábulo divino que sin cesar lo alimentaba? ¡Ah, católicos! ¡Qué no me fuera dado en este momento el amor de los serafines y la ciencia de los querubines, para haceros penetrar y concebir todo lo que habia de sublime, de tierno y de heroico en este purísimo amor de José á su Dios, á su Salvador, al que de continuo tenia en su presencia! Necesario era un milagro para que el corazón de José pudiera soportar tales incendios sin consumir su vida. Y en efecto; José, cercano á su muerte, se sintió desfallecer de amor; y Jesús, que habia dispuesto que su muerte fuese muerte de amor, sin disminuir una sola centilita de tal incendio, le prestó y dió un milagroso concurso, para que su tránsito, aunque víctima de sacrificio y de amor, fuese, sin embargo, un tránsito suave, tranquilo, dulce. Y de aquí podeis inferir, que por más feliz y envidiable que haya sido la muerte de los mártires y justos, no puede compararse con el dichoso tránsito de José. Para vuestra edificacion propia y á honra de tan gran santo, voy á haceros con la gracia de Dios, un bosquejo de de esa muerte tan dichosa.

Para formarnos una idea, la más aproximada que nos sea dado, del glorioso tránsito de José, creo oportuno el considerarlo en todas sus circunstancias. En lo que le precede, en lo que le acompaña, y en lo que le espera. Algo os he dicho de lo primero, pero no bastante, y aún esto de un modo general y por vía de comparacion. Réstanos tratar del mismo glorioso tránsito considerado en sí mismo. Entraré, pues, en tan dulce é interesante materia. ¿Qué es la muerte? El eco de la vida. ¿Qué es la muerte del justo? El eco de la vida de un justo. ¿Qué es la muerte del héroe, del santo? El eco de la vida de un héroe, de un santo. La vida de un héroe hace la muerte del héroe; la vida de un justo hace la muerte del justo; la vida de un santo hace la muerte del santo. Séanos lícito el entrar respetuosamente en la consideracion de la vida del Patriarca S. José, para sacar de ella motivos de engrandecimiento en el tránsito. Cuando me trasporto en espíritu á Nazareth, y contemplo en ella á ese noble descendiente de los reyes de Israel, á quien los trastornos y vicisitudes sociales han obligado á tomar el humilde oficio de carpintero, un religioso respeto me fuerza á inclinarme ánte un hombre, cuyas apariencias son tan sencillas, y cuya mision es tan grande. La historia del pueblo de Dios me enseña, que el Mesías habia de nacer de la tribu de Judá, estirpe de David, y que, según las profecias, los tiem

pos eran ya llegados, en que aquél había de aparecer humilde y desconocido entre los suyos. La genealogía, junto con la historia, me muestran á José, hijo de Jacob, como descendiente de Judá por la estirpe de David, desposado con una virgen de su misma tribu. La fé me enseña, por otra parte, que esta Virgen es la Madre del Mesías prometido, y que José le ha sido dado como el custodio de su honor y el esposo ántes de la ley. Enséñame además la fé, que en esta casa humilde de Nazareth, en la que habita aparentemente un honrado carpintero, mora el mismo Verbo encarnado, Jesús, Dios y hombre verdadero.

Desde este momento, todo cuanto veo en este pequeño y augusto albergue me inspira al mayor interés y respeto. Examino el interior de esta santa familia: José se halla, á los ojos del mundo, al frente de ella, y es considerado cabeza de la misma, según la ley. Á su lado está la santísima virgen María, la más noble entre todas las criaturas, la más elevada, la más gloriosa, la más inmediata al trono del Altísimo. Entre José y María veo con la mayor admiración al joven Jesús, que en su bellissimo cuerpo, de la más cándida adolescencia, esconde la suprema divinidad. Jesús, María, José: ved la más noble, la más augusta, la más santa familia que la tierra pueda sustentar. Feliz vos, oh Patriarca ilustre! á quien el Altísimo ha puesto al frente de la más divina compañía, en cuyos brazos se meció el divino Niño, y á cuyo cargo corrió el cuidado, defensa y sustento de la Reina de tierra y Cielos. Vida por cierto dichosa, católicos, la de nuestro Patriarca, viendo continuamente con sus propios ojos al Verbo encarnado, morador de su sencillez albergue, observando con religiosa atención sus acciones, edificándose continuamente con su divina presencia. ¿Qué entendimiento humano podrá comprender jamás, el cúmulo de gracias que se iba creciendo cada día, el torrente de delicias de que se iba inundando más y más aquel feliz corazón? ¿Quién llegará á conocer las luces divinas que, partiendo de un sol divino que tenía á su lado constantemente, le iluminaban? ¿Quién sentir aquellos divinos ardores, en que continuamente se abrasaba sin consumirse aquel puro y tierno corazón? ¡Ah, gloriosísimo abogado nuestro, José dichoso! ¡qué últimos momentos tan preciosos! ¡qué alma tan ricamente adornada! ¡qué corazón tan ardorosamente inflamado! En vos los años, muy lejos de perder el verdor de la juventud, aumentaban vuestra lozania de corazón entre las venerables canas de la ancianidad. En vos palpaba éste de divino amor, y lo que solo se advertía en vos era esa dulce inquietud de tener que separaros por la muerte de vuestra celestial Esposa y compañera, del Dios hombre,

que se quedaba en la tierra sin vos. Séanos permitido el penetrar con temor santo y reverente en el augusto aposento, en donde vá á exhalar su último suspiro nuestro amado Patriarca... ¡Qué espectáculo tan tierno, tan sublime á la par que majestuosamente sencillol ¡Jesús, María y José! El venerable Patriarca yace en un lecho pobre, sí, pero aliñado. Siente que el espíritu le vá faltando por momentos. El fatal momento de separarse de Jesús y de María va llegando, y es preciso resignarse á una separación tan dolorosa á su tierno corazón. María le consuela, con divina modestia le asiste, y le hace llevaderos los dolores de una enfermedad, con que plugo al Todopoderoso probarle para su mayor mérito y corona. Jesús, con celestial cariño, le alienta y dá esfuerzos, encomiéndalo con filial afecto al eterno Padre, y hace que millares de ángeles descendan de las celestiales alturas, y se dejen ver del augusto moribundo.

Nuestro santísimo Patriarca, divinamente confortado con tal celestial recreo, y profundamente reconocido al bondadoso Señor, que tan generosamente le favorecía, recogiese en sí mismo, y, desde el fondo de su alma, daba continuas gracias á Dios por tan singulares beneficios. Pidió á la virgen María su bendición; la humildísima Virgen, esposa suya, suplicó á su divino Hijo se la diese al moribundo Patriarca; y el benditísimo le bendijo. ¡Ah, bendición augusta! bendición inefable, bendición prenda de la gloria, y aseguramiento de la eternidad bienaventurada! Tú llenas de consuelo á José y de gozo á María: tú eres la divina mensajera que abres el paso á esta grande alma, para que entre á gozar de los laureles de la eternidad; tú eres la más sublime recomendación que José pueda llevar á su entrada en el seno de Abrahán. La gran Reina, maestra de la humildad, puesta de rodillas, pidió también la última bendición á S. José, como á su esposo y cabeza. No sin divino impulso el varon de Dios, por consolar á su prudentísima Esposa, la dió su bendición á la despedida. Dirigióse luego el varon de Dios á Cristo, nuestro Señor, y con la mayor reverencia le quiso hablar por última vez: el dulce Jesús, queriéndole manifestar todo el amor que le tenía y el respeto que le profesaba, le dijo: «Padre mío José, descansad en paz; á mis profetas y santos, que os esperan en el seno de Abrahán, dareis las alegres nuevas de que ha llegado ya su redención.» En estas palabras del mismo Jesús, y en sus brazos, espiró el santo y felicísimo patriarca José. Réstanos meditar sobre los instantes dichosos que se siguieron á la muerte del santo Patriarca.

San José fué trasladado al seno de Abrahán, pero con la dulce esperanza de que, de allí á muy pocos años, gozaría de lleno de la

gloria del eterno Padre en la divina compañía de Jesús. En esta ilustre mansion esperó nuestro santo Patriarca la gloriosa resurrección de su hijo adoptivo Jesús, nuestro Salvador, y salvador suyo. Cuando Jesucristo, después de haber vencido al mundo, al demonio y á la misma muerte con la suya propia, descendió al sagrado Limbo, sus primeras atenciones fueron las de llenar de gloria y dicha al que habia tenido en la tierra por padre legal, al santísimo patriarca José. Visitó pues, Jesus triunfante á José, y anuncióle que iba á subir con él al Cielo, siendo así uno de los privilegiados de la santísima compañía, y como el alférez de los ilustres escuadrones de santos y justos, que desde Abel hasta los santos niños Inocentes de Belén, yacian en el seno de Abrahán, y formaban el noble cortejo de Jesús triunfante, y haciendo su entrada en el Cielo.

¡Cuán majestuoso y lleno de una divina satisfacción iba nuestro José en pós é inmediato al Salvador del mundo! ¡Cuán inefables delicias inundaban el alma grande de José al entrar en el empireo, y al ser presentado por el mismo Dios hombre al Padre eterno, que lo esperaba para galardonarlo! Almas santas, y piadosas hijas del augusto José, salid del tabernáculo de vuestros cuerpos, y ved á este Patriarca, más noble y majestuoso que Salomon; venid, y vedle ceñido de la diadema de la inmortalidad; vedlo revestido del celestial ropaje de la gloria con que le adorna el omnipotente Criador en el día de su entrada en el Cielo, y en el día del gran júbilo para su corazon; para ese corazon puro, casto, magnánimo, que tanto amor divino abrigó en sus ardorosos senos; para ese corazon, que tanta pureza supo conservar. Y en efecto: ¿quién de nosotros podrá concebir todo lo que sentiria el corazon de José, en el día en que entró con Jesús en el pleno goce de la gloria que le estaba reservada? Figúrome ver al amabilísimo Jesús, presentar ánte el trono de su augusto y eterno Padre al humildísimo José, y decirle: «Ved aquí, Padre mio, al justo Patriarca, á cuya guarda y custodia me confiasteis durante mi mansion en la tierra. Este fué el guardian del honor de mi Madre, su sostén, defensa y ayuda en la vida social. Este el que, durante cerca de treinta años, me ha sostenido y á mi Madre con el trabajo de sus manos, pues que Vos, ¡oh Padre eterno! así lo hablais dispuesto para su mayor corona, y para mayor misterio de la Redención. Os lo presento pues, ¡oh Padre eterno! acompañado de mis méritos, que hago suyos, como Dios suyo; y de mis filiales solicitudes, porque vos os dignasteis que yo, como hombre, lo tuviese por putativo padre. Premiadlo pues, Padre mio, como sabeis; y que á vuestro lado y al mio sea galardonado eternamente con el joyel de los

más preciosos laureles.» El Padre eterno recibe en su seno al augusto Patriarca, cólmalo de celestiales distinciones, señádale uno de los elevados sitials del empireo; legiones de ángeles le felicitan; millares de santos le dán el parabien; y el humilde, el sencillo artesano de Nazareth, el gran patriarca José recibe de toda la córte celestial las más cordiales felicitaciones. Allí es tan amado de su putativo Hijo Jesús como lo era en la tierra; y es allí mucho más poderoso que en ésta. Su poder es mucho mayor de lo que podemos imaginar, porque ¿qué le podrá negar Aquel, á quien tuvo tantas veces reclinado en sus brazos? ¿qué le podrá negar Aquel, para cuyo sustento trabajó y sudó durante treinta años? ¿qué le podrá negar Aquel, por cuya guardia y custodia se fué huyendo precipitadamente á Egipto? ¿qué le podrá negar Aquel, cuya angusta Madre guardó, defendió, sostuvo durante tantos años? Católicos, acudid á José, nos dice el soberano dispensador de las gracias. Si el José de Egipto fué el mayordomo de Faraon, nuestro José de Maria es el mayordomo de Jesús. Si el José de Egipto proveyó de abundantes viveres los almacenes de Egipto, nuestro José de Maria es el tesoro de las arcas del Cielo. Acudid pues á él. No hay momentos más propicios para lograr favores que los de la despedida. ¿Y cuál más tierna que la de nuestro José?

Rodead, pues, el dichoso tálamo del augusto Patriarca; colocaos en torno de él, y contemplad en espíritu el feliz tránsito, objeto de estos cultos. Con filial piedad esparcid flores de amor y de reconocimiento sobre su sagrada tumba, y no os separéis de ella hasta que su celestial alma os haya dado su paternal bendición.

¡Patriarca excelso! acordaos de estos vuestros hijos: alcanzadles socorro en sus necesidades temporales, y gracia para poder reinar en vuestra compañía en la Gloria, que á todos os deseo.

PANEGÍRICO
DEL PATROCINIO DE SAN JOSÉ.

Princeps fratrum, stabilitatem populi.
Príncipe entre sus hermanos, y firme
apoyo de su pueblo.

(ECCL. XLIX, 41.)

Es práctica muy loable, hermanos míos, invocar á los santos en nuestras aflicciones; no he dicho bastante: es doctrina universal de la Iglesia, es dogma inconcuso y firme de la fé y de la religion, que aquellas almas grandes y privilegiadas á quienes Dios comunicó en este mundo una parte de su poder y soberanía, conservan en el Cielo este mismo valimiento; y si en la tierra obraron prodigios y maravillas como ministros y lugartenientes del Altísimo, en la Gloria gozan de los mismos y aún más extendidos fueros, como cordiales amigos é íntimos confidentes de aquel eterno Monarca y Rey de los siglos, que es admirable en sus santos. Pero, si todos los escogidos que asisten al trono del Rey supremo, pueden y deben invocarse en nuestras tribulaciones, como confidentes privados y favoritos de aquel eterno monarca; ¡cuán justo será nuestro rendimiento, nuestra devocion y ternura hácia aquel gran Santo, que es el justo entre los justos, el sol entre las estrellas, el príncipe entre sus hermanos, el ángel custodio de Jesús, el distinguido esposo de Maria, el más allegado á la Majestad, el más privilegiado entre los hombres, el excelso é incomparable patriarca S. José? Tenga quien quiera, yo se lo concederé liberalmente, tenga quien quiera su aficion y su gusto; ponga su confianza en alguno de los patriarcas ó de los profetas, de los apóstoles ó de los mártires, de los doctores ó de las vírgenes; invoque su nombre; quemé incienso en sus aras; conságrale votos; elijale por su patron y abogado; yo alabaré este fondo de religion y piedad. Por lo que á mí toca, san José será siempre el predilecto. Me arrebató la atencion este dichosísimo Patriarca, que vió cumplidas todas las

promesas; este excelente profeta, que descubrió y tocó los misterios más escondidos; este primer apóstol y supremo ministro de la verdad revelada; este duplicado mártir del dolor y del amor; este doctor ilustrado en la escuela del Cielo; este virgen purísimo, rosa de suavidad y fragancia, azucena de candor y honestidad, y más limpio que el sol y las estrellas. Esto ha de ser mi abogado, mi protector, mi padre, mi maestro y todas mis delicias. Bien merecerá mis elogios y alabanzas, hermanos míos, y vuestro amor y ternura un Santo tan grande por sí mismo y tan benéfico para todos. En sus prerogativas y excelencias no se le conoce igual; en su amparo y patrocinio no tiene semejante. Él es el más distinguido personaje del reino de los Cielos; él es el bienhechor singularísimo y el firme apoyo de todo el pueblo cristiano: dos proposiciones sencillas á que reduzco toda la idea del discurso. ¡Oh gloriosísimo Patriarca! para hablar con acierto de vuestras grandezas alcanzadme mucha gracia de vuestro Hijo y de vuestra Esposa, á la que saludamos con las palabras del ángel: *A. M.*

José fué un hombre raro y peregrino, adornado de tales dones, excelencias y privilegios, y tan rico en todo género de virtudes, que no se hallará hermosura, gracia y bendicion del Cielo en una alma escogida per la mano de Dios, que no estuviere en José en grado soberano. No fué este justo como un ángel de inferior orden, ó de ínfima jerarquía, destinado á comunes y ordinarios ministerios: fué un espíritu elevadísimo de los que asisten al trono de la Majestad, familiar del Rey de la Gloria; un privado de la mayor confianza; un querubín con espada en mano para guardar el Paraíso de las delicias de Dios; y un serafín encendido en vivas llamas de amor, cuya actividad de rayos, de claridad y de divino fuego, aún por reverberacion ó por reflejo, no lo puede sufrir la debilidad de nuestra vista. Verdad es, que fué hijo de Adán y rama de un tronco inficionado; pero bien presto le libertó la gracia de aquella mancha vergonzosa; y santificado cual otro Jeremias en el útero materno, cuando vió la luz del mundo, no salió como hijo de ira y de maldicion, sino como fruto precioso del árbol de la vida, encanto de los ángeles, como asombro de los hombres, como ornamento del mundo. El Espíritu Santo, que le había destinado para esposo de su misma Esposa y para guarda y custodia del divino Verbo, tomó el empeño de trazar en este lienzo pinceladas tan finas, rasgos tan delicados, que los hombres tuviesen siempre que admirar sus perfecciones, pero sin llegar jamás á comprenderlas. Él le buscó entre millares, y le cortó á medida de su

corazon, para manifestarle los arcanos de su pecho y los más escondidos misterios de su sabiduría. Él derramó la gracia en sus labios, la miel y la leche en su lengua, la claridad en su frente, la modestia en sus ojos, la dulzura en sus entrañas, la limpieza en sus manos, y todas las bendiciones en su cuerpo y en su alma. Su corazon, criado para amar al sumo Bien, jamás recibió impresion bastarda por parte de las criaturas, ni su voluntad se sintió tentada de objeto alguno embarazoso, que pudiera impedir ó retardar el vuelo de su espíritu. Fuéra hacer un panegirico cansado y fastidioso si hubiese de señalar una por una las bellas flores de las virtudes, que se dejaban ver olorosas y fragantes en el huerto de su alma. Una humildad que sorprende, una modestia que encanta, una paciencia que admira, una pureza que arrebató, una austeridad que asombra, una devocion que arrastra, un silencio que edifica, una oracion que enamora, un candor que embelesa; hé ahí unos pocos rasgos de tantos primores como contiene su asombroso retrato.

Y en verdad, que no era desmedido tal cimiento para la grandeza del edificio que se había de levantar sobre esta basa. Un hombre destinado por la Providencia para los empleos más altos y sublimes del Cielo y de la tierra, era preciso que estuviese prevenido, enriquecido y adornado de las prendas necesarias, á fin de desempeñar con honor y dignidad los delicados oficios de su noble y augusta comision. El intimo privado y consejero de un príncipe ha de ser sugeto escogido á pulso, de vasta capacidad, de superior talento, de exquisita prudencia, de profundo discernimiento, de fidelidad inviolable, de miras rectas, justas y equitativas; de espíritu despejado, resuelto, generoso, capaz de desenvolverse de los negocios más complicados, y sostener las más árduas é importantes resoluciones. Por falta de estas bellas cualidades se han visto mil trastornos y catástrofes en el mundo. En José no corrió peligro la eleccion: habiendo sido obra de un divino Consejo, no pudo estar expuesta á error, á engaño ni á desacierto. Santificado como Eleázaro, para guardar el Arca de la alianza; luminoso como el sol, para ser tabernáculo de Dios vivo; protegido con la virtud del Altísimo, y entregado á los ángeles para que le guardasen; ¿qué piedra ofenderia sus plantas?

Observemos la conducta del Eterno sobre este héroe de la fama. Un Dios había de encarnarse, rasgar los Cielos, bajar del sólo de su Gloria, vivir y conversar con los hombres. Una virgen había de concebir en sus entrañas á este divino Infante, le había de criar á sus pechos, y había de cuidar de esta preciosa víctima, que se había de inmolarse sobre el Calvario. Estos altos Consejos de la eterna sabiduría

eran superiores á todas las luces criadas; el demonio no había de penetrar los velos de este arcano escondido; la inocencia de Maria se había de poner á cubierto de toda censura; el niño Dios había de tener un asilo y un lugar de refugio contra las maquinaciones de sus contrarios; el pueblo de Israel, supersticioso y grosero, había de ser inducido á la fé del Mesias con suavidad y sin violencia; y de tal suerte se había de desplegar el plan de esta divina obra, que sin dejar de ser un misterio, fuese al mismo tiempo un objeto accesible á toda razon ilustrada. ¿Qué de dificultades no abrazaban todos estos extremos? Pero todas se vencieron, substituyendo á la operacion de un poder absoluto el ministerio de un hombre, y de un hombre como José. De manera, que este santo Patriarca, con respecto á la Madre del eterno Verbo, había de ser un muro de defensa y una nube misteriosa que cubriese su honestidad, y la pusiese fuera de tiro á toda maledicencia; y con respecto al Hijo, había de asumir los oficios de ayo, de pedagogo, de conductor y de padre; y aún de sustentador y de amparo de aquella vida preciosa, de la cual pendia la salud del universo. ¿Pudo darse destino más glorioso y juntamente más crítico y delicado, comision más soberana y al mismo tiempo más expuesta y peligrosa? Tener siempre á la vista una fuente cristalina y no aplicar jamás á ella la extremidad de los labios; poseer un huerto con mil frutos, y no alargar la mano para tocarlos; ¿no es un prodigio de la gracia? Tener á Maria por esposa y no tratarla sinó como hermana; ó por decirlo mejor, como señora y como reina; ¿no es una maravilla y un milagro de superior orden? Llevar sobre sus hombros el peso de todo un Dios, y no quedar abrumado ni postrada su fuerza; ¿no es un valor á que se doblan las mayores columnas del firmamento? ¿Qué hombre tan cumplido y acabado! Ser digno esposo de la Hija del Eterno Padre, y custodio fiel del Verbo Dios humanado, son dos títulos tan sublimes, que á ninguno le competen, y ninguno pudo desempeñarlos sinó solo san José. Vamos por partes, y prestadme una atencion benévola.

Si se observa con reflexion una expresion profunda de S. Bernardo, se nos descubrirá un vasto campo á las grandezas de este inclito Patriarca. Era preciso, dice este padre, era indispensable que Maria se desposase con José. Pero ¿de dónde se saca esta consecuencia necesaria y forzosa? ¿Qué! ¿caso en la numerosísima tribu de Judá y entre todos los descendientes de David, no habria sugeto digno de tan alto enlace y merecedor de dar la mano á Maria? ¿Faltarían almas grandes, espíritus sublimes, pechos generosos, jóvenes sobresalientes, varones esclarecidos, héroes privilegiados, capaces de

ejercer con dignidad y decoro, y desempeñar el carácter de esposos de esta gran Reina? Nó, hermanos, no le había competente: era necesaria una asimilación tan adecuada entre el esposo y la esposa, una correspondencia tan expresiva y tan viva entre las cualidades del uno y las cualidades de la otra, que apenas se distinguiesen. Alma de María, toda inocencia; alma de José, toda limpieza: corazón de María, todo divino; corazón de José, todo seráfico: voluntad de María, toda trasformada en Dios; voluntad de José, toda entregada en manos del Señor; cuerpo de María, sagrario del Verbo eterno; cuerpo de José, trono del Verbo humanado: génio, condicion, deseos, afectos del esposo, unos mismos que los afectos, deseos, condicion y génio de la esposa. No se vió jamás tal conformidad, tal semejanza; por eso jamás se vió tal union, tal paz, tal dulzura entre consortes. ¡Oh afortunada morada de José y de María! Tú me representas la casa de Dios y la puerta del Cielo: en tí habita una trinidad visible, digna de todo mi corazón y de todos los afectos de mi alma; una madre que es la estrella de la mañana, un hijo que es el mismo sol de justicia, un padre, que aunque no lo es según la carne y en el órden de naturaleza, hace todas las veces, y ejerce con el divino Infante los mismos oficios que si le hubiera engendrado de su propia sustancia. ¡Qué dicha, qué honor, qué distincion, qué inefable grandeza la de José! ¡Haber obtenido sobre Dios un género de superioridad y dominio, que no se concedió á los mismos serafines! San Pablo prueba en la Carta á los Hebreos, que Jesucristo es superior á los ángeles por haber heredado un nombre más distinguido que todos ellos. ¿Á quién entre los ángeles, dice el Doctor de las gentes, ha dicho jamás el Padre Eterno; Tú eres mi hijo y yo soy tu padre? Por el contrario; á todos los espíritus celestiales mandó que se postrasen á sus plantas y le adorasen como á su rey y señor. Siguiendo este pensamiento del Apóstol, ¿no podré yo desafiar á todas las lenguas, tribus y naciones; á todos los héroes de uno y otro testamento, patriarcas, profetas, sacerdotes, apóstoles y doctores, á que me digan, si ha habido alguno entre todos, á quien el Dios de la Gloria haya llamado padre á boca llena, á quien haya estado sujeto y obediente, á quien haya entregado su cuerpo, su alma, su vida, y de quién haya querido depender en el vestido, en el sustento, en la educacion y disciplina y en todas las funciones humanas? ¿Ha habido alguno, con quien el Criador del mundo se haya hecho tan llano, tan familiar y doméstico como se hizo con José, sentándose á su mesa, comiendo en el mismo plato, limpiando el sudor de su frente, dándole estrechos abrazos y amorosos ósculos, sostenido en sus brazos, reclinado en su pecho, llevado

sobre sus hombros, colgado de su cuello, y aún trabajando en el oficio y taller de su padre? ¿Á quién no pasma esta condescendencia, esta dignacion, estas finezas? José le besa, le abraza, le acaricia, le arrulla, le pasea, le duerme, le despierta, le alimenta, le viste, le calza, le manda; y el niño Dios, la palabra eterna del Padre, tiene su gusto, sus delicias y su gloria con este varon escogido, con este hombre privilegiado, con este justo por excelencia, que puede llamarse en verdad el más grande entre los cortesanos del Cielo, y el príncipe entre sus hermanos; así como es el mayor apoyo y protector de todo el pueblo cristiano.

Para el feliz éxito en las pretensiones que se solicitan de un príncipe, no me deis sugetos de corto mérito: dadme personajes ilustres, grandes y poderosos, de toda satisfacción y confianza del soberano, que le penetren el génio, le ganen la voluntad, le posean el corazón. Dadme un Joab con David, un Amán con Asuero, y otros validos de monarcas, que apenas se distinguen de los monarcas mismos. Pero, entre todos los hechos de este género, ninguno suministra idea más expresiva y más propia del alto grado de honor á que puede arribar un privado del soberano, cuando éste se empeña en honrarle y sublimarle, que el pasaje de Faraon con el antiguo José; pasaje bien sabido, pero que no quiero disimular ni omitir, por dar un vivo realce al argumento que voy tratando. Faraon, rey de Egipto, se despojó, si así se puede decir, de todos los derechos reales, y trasmitió todas las prerogativas del trono en su querido y confidente José, bien persuadido de que, teniendo á su lado un hombre de tantas luces, de tantos talentos, de tanta comprension, prudencia y sabiduría, no era dable ni que su corona vacilase, ni que su pueblo padeciese. Él le vistió de una riquísima estola, le puso en el dedo su régio anillo, le ciñó el cuello con una sarta de perlas, le hizo subir en un magnífico carro, le paseó por las calles y plazas de la corte, le presentó á un inmenso gentío, clamando elregonero en alta voz, que todos le reconociesen por gobernador y prefecto de toda la tierra de Egipto. Todo el Egipto, le dijo, está delante de tu presencia: dispón de él como gustares; tú serás el dueño de mi imperio, y yo solo te procederé en la majestad del sólio. ¿Pudo darse demostracion más expresiva, expresion más fina, fineza más cariñosa, cariño y amor más grande entre el señor y el vasallo? Pero ¿pudo darse infirgen más adecuada, retrato más parecido entre José y José, entre aquel patriarca y el nuestro, entre el gran valido del rey de Egipto y el querido grande del Rey de Cielos y tierra?

Dejamos hacer un breve paralelo entre los dos héroes, el de la

Ley y el de la Gracia, pues en él se interesa la gloria y el poder de nuestro Santo, y la piedad y consuelo de sus devotos. Aquel José, con sus excelentes prendas, se ganó la voluntad de Faron; éste, con sus excelsas virtudes, robó el corazon al Altísimo: aquél manejó con destreza los grandes negocios cometidos á su cuidado; éste desempeñó con honor los árdus ministerios á que le destinó la Providencia: aquél gobernó el palacio del monarca egipcio con una política sutil; éste gobernó la casa del Señor del universo con una prudencia consumada: aquél fué el intérprete de sus sueños; éste fué el descifrador de los misterios: aquél fué sumamente casto y no consintió en los viles halagos de su señora; éste fué tan puro como un ángel, sin atreverse á tocar á su propia esposa: aquél proveyó de granos á una provincia indigente y hambrienta; éste ofreció á todo el mundo necesitado el trigo escogido y el pan de vida eterna; aquél fué honrado por Faraon con cuantos honores caben en un rey de la tierra; éste fué honrado por Jesucristo con una munificencia propia del Rey de los Cielos. Todos los memoriales, demandas, súplicas y peticiones de aquellas gentes se remitan á José para el despacho: id á José les decía el sábio y prudente príncipe, y haced lo que él os ordenare. ¿Y quién podrá dudar que tal sea la conducta y el lenguaje mismo del Soberano del mundo con nuestro gloriosísimo Patriarca y sus cordiales devotos? Á mí me toca el dominio de cuanto existe, dirá seguramente el Verbo Dios humanado, porque el Padre Eterno ha puesto en mis manos todas las cosas, y me ha dado un nombre sobre todo nombre, á cuya virtud y poder doblan las rodillas los Cielos, la tierra y los abismos; pero yo transfero con gusto mis legítimos derechos en la persona de José, que haga todas mis veces con poderes amplios é ilimitados. Á José he constituido gobernador de todos mis reinos, dispensador de todas las gracias, y firme esperanza de todo el pueblo. Así ha de ser honrado el que tanto honró mi nombre y promovió mi gloria. El que á mí me alimentó á costa de tantas tareas, fátigas y sudores, justo es que sea el sustento de los mendigos, pobres y menesterosos; el que á mí me vistió con tanto esmero y aseo, justo es que sea el que cubra á los desnudos y no desprece la carne de sus hermanos; el que á mí me llevó sobre sus hombros, justo es que sea el apoyo de los desvalidos que no tienen donde reclinar la cabeza; el que á mí me libró de las furias del tirano, de las pesquisas de Herodes, justo es que sea la defensa de los perseguidos y odiados, y el amparo de la inocencia oprimida; el que á mí me presentó en el Templo y me ofreció como víctima de salud, justo es que sea el conductor de las almas que se consagran al Altísimo como

hostia de alabanza; el que siempre anduvo en mi compañía y en mi presencia arrebatado en soberanos éxtasis y abrasado en llamas de amor celestial y divino, justo es que sea el director de los espíritus dedicados á la oracion y al ocio santo de la vida interior contemplativa; el que oyó por tantos años la más alta doctrina salida de mi boca, justo es que la comunique á los que desean aprovecharse de su hermosura; el que tanto dolor sintió en mi nacimiento, circuncision, pobreza, destierro y en todos mis trabajos, justo es que sea el consolador de los afligidos, la alegría de los tristes, y enjague las lágrimas á cuantos sufren y padecen por mi causa; el que fué la lumbré de mis ojos, la guía de mis pasos y el salvador de mi vida, justo es que sea el puerto de salud y el muro de seguridad de todo el pueblo cristiano.

¿Qué os parece, hermanos, de este discurso? ¿Habrá alguno que le censure de infundado y de frívolo como parto de una imaginación suelta y acalorada? Por los respetos de Abraham hizo el Señor á su pueblo las más grandiosas promesas; por respetos de Lot preservó del incendio de Sodoma á la familia de este justo; por respetos de Moisés no acabó mil veces con los hebreos, gente de dura cerviz, de corazon incircunciso y protervo; y acaso lo que hizo el Señor por respetos de Abraham, de Lot, de Moisés, y de otros muchos siervos suyos, ¿no lo hará por los respetos de José, más fiel que Abraham, más distinguido que Lot, más íntimo que Moisés y más querido y privilegiado que todos? Si se presta á la voluntad de los que le temen, ¿no se prestará á la voluntad del que le nutre y sustenta? Es bien sabido el genio de nuestro Dios, su condicion generosa, las condescendencias que usa con aquellas almas santas en las cuales se complace. Él gusta de comunicarles gran parte de sus tesoros, y entregarles las llaves de su omnipotencia para abrir y cerrar los Cielos á su voluntad y á su arbitrio. Á la voz imperiosa de esas criaturas la naturaleza se pasma y se suspende, los elementos se rinden, el aire se amansa, el mar se tranquiliza. las tempestades calman, el fuego pierde su voracidad, la tierra brota sus producciones, las nubes destilan rocíos saludables, huyen las infecciones, cesan los contagios, la muerte misma tiembla y restituye sus presas. ¡Oh Dios! si tan magnífico y como pródigo os mostrais con vuestros siervos; ¿escasareis vuestros dones con el tutor y defensor de vuestro divino Hijo, el dichosísimo S. José? ¿Quién duda que este Santo es de superior clase, de más alta jerarquía, y que forma un coro aparte entre todos los justos? Formar otro concepto fuera hacer agravio á la generosidad de tal Hijo y á los méritos de tal padre.

Acudid, pues, amados oyentes, acudid al Patrocinio de este gran Santo con una fé viva y luminosa en cualquier necesidad y trabajo. No temais que os desampare en la tribulacion y en la angustia: es amigo fidelísimo, padre amantísimo, bienhechor generosísimo, y un patrono por todos lados cumplido, poderoso, solcito, interesado en el bien de sus clientes: acudid á él, que no seréis confundidos. En árduas navegaciones él es el piloto que dirige el rumbo; en violentas enfermedades él es el médico que propina el remedio; en tempestades deshechas él es el iris que serena los cielos; en voraces incendios él es la lluvia oportuna que apaga la actividad de las llamas; en las oscuridades del alma él es la luz que ahuyenta las tinieblas; en las ansiedades del espíritu él es el maestro que resuelve las dudas; en los asaltos del demonio él es el escudo que repele las flechas: toda la vida le experimentaréis ángel de gran consejo en vuestras resoluciones; y en la hora de la muerte un asistente inseparable del lecho, un enfermero invisible, pero solcito y cuidadoso, que no omitirá diligencia para vuestro consuelo; que aliviará los dolores del cuerpo, mitigará las congojas del ánimo, disipará los temores, dilatará la esperanza, recibirá vuestro espíritu, le acompañará al tribunal de su Hijo, y os obtendrá una sentencia favorable. ¡Cuánto me complazco al ver que la devocion del patriarca S. José vá tomando cada día mayores incrementos! Á este nuevo Mardoqueo se le tributan en estos últimos tiempos los honores de que careció en los primeros siglos; y por una providencia incomprendible, pero adorable, cuanto estuvo entónces desconocido y olvidado, ahora se ve aplaudido y glorificado. José es el Santo de todos los estados, clases y condiciones; todos acuden á sus aras, se postran á sus plantas, le consagran votos, le ofrecen sacrificios; y este protector universal, con un corazón de padre, á todos dispensa sus gracias, derrama sobre todos sus bendiciones, y nadie le invoca que no vuelva consolado.

Glorioso Patriarca, miradnos y consideradnos como á vuestros hijos adoptivos; atended á nuestras necesidades y á nuestras aflicciones; oid nuestros votos, escuchad nuestras súplicas; y presentándonlas al Padre celestial, atraed sobre nosotros las bendiciones que nos hagan con vos dichosos en el Cielo.

PANEGÍRICO I

DE SAN JOSÉ DE CALASANZ, FUNDADOR.

Qui autem fecerit et docuerit, hic magnus vocabitur in regno caelorum.

El que guardare los mandamientos, y enseñare, ese será tenido por grande en el reino de los cielos.

(MATTII. V. 19.)

¿Quién es este, amable y tierna juventud, á quien hoy ofreces tus votos y diriges tus súplicas? ¿Quién así obliga tu memoria y exige tus cultos? ¿Quién es sino aquel hombre bienaventurado, que desprendido de todo lo que es terreno, no se dejó manchar de la menor impureza, que jamás encaminó sus pasos á los bienes del siglo, ántes bien los tuvo por falsos su esperanza? ¿Quién sino aquel héroe generoso de nuestra España, que, en frase del profeta, tuvo piés de ciervo, ya para retirarse del mundo viviendo en medio de él, ya para obrar cosas grandes, sublimes y magníficas? ¿Quién sino aquel que, en efecto, llenó su vida con virtudes y terminó con maravillas, cuya memoria es y será de bendiccion para todos los pueblos y por todos los siglos? ¿Quién ha de ser sino José de Calasanz, cuyo nacimiento ilustre es gloria de Aragon, cuya inocencia, cual la de otro José entre los egipcios, no peligró entre los lazos más artificiosamente dispuestos, cuyo celo ilustró á la Italia, cuyos ejemplos forman el modelo de los ministros de la religion? José de Calasanz, azote de la proterva hercía, dulce violencia de los obstinados pecadores, cópia adorable de la bondad divina, dulce encanto de las almas, atractivo suave de los corazones de los mortales para llevarlos á Dios, columna del místico fuego de amor con que guió á los extraviados; iluminó á los que andaban en tinieblas, y dió calor á los tibios; José de Calasanz, singular abogado de los atribulados, padre, en fin, y tutor de la niñez y juventud.

Este es, hermanos míos, el objeto de tan solemnes cultos: este él que hoy se propone á nuestra consideracion é imitacion, como digno